

colorchecker CLASSIC

x-rite

mm

R.16743

RES
779

CUENTOS

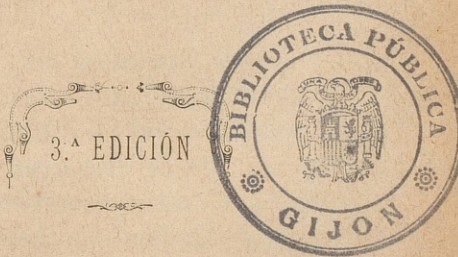
ORIENTALES

POR

JULIÁN BASTINOS

ILUSTRADOS POR EL MISMO

A. 1081378 YI



3.ª EDICIÓN

BARCELONA

LIBRERÍA DE JUAN Y ANTONIO BASTINOS, EDITORES

CALLE DE PELAYO, NÚMS. 52 Y 54

1888

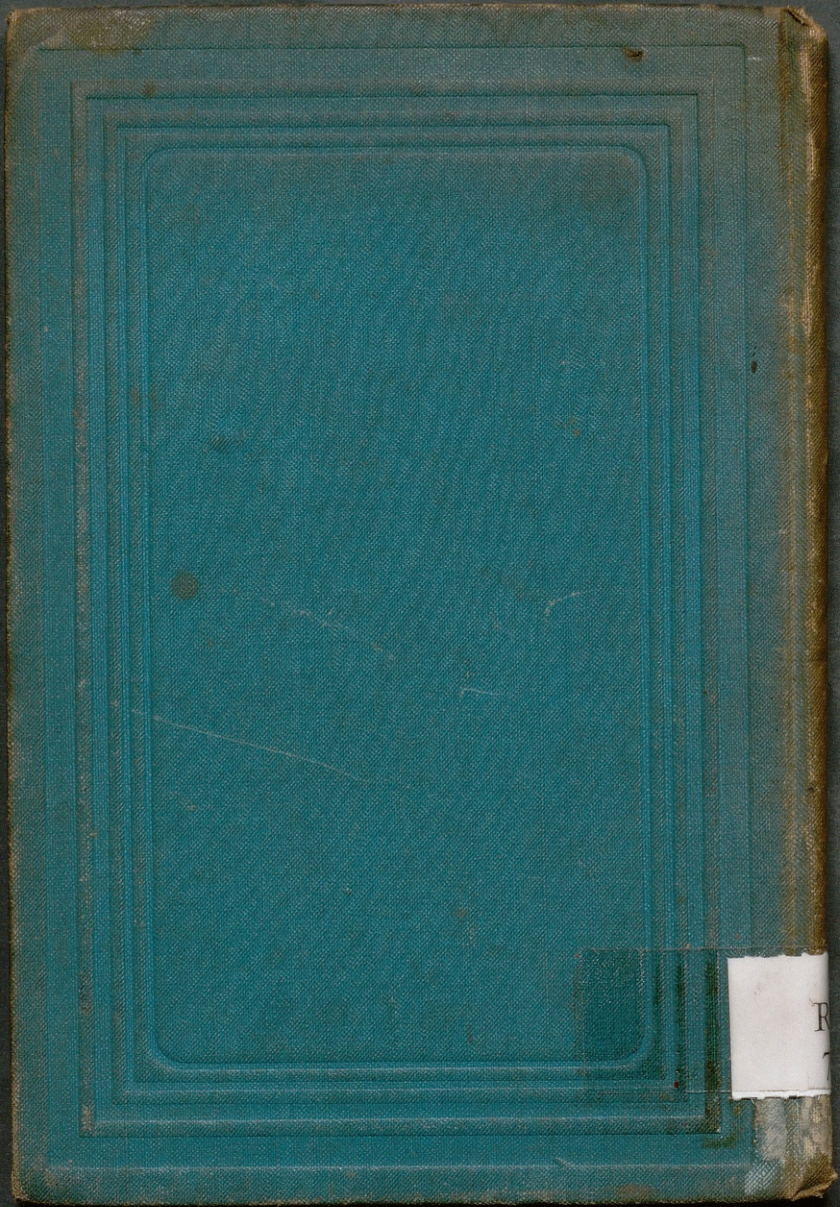
CUENTOS



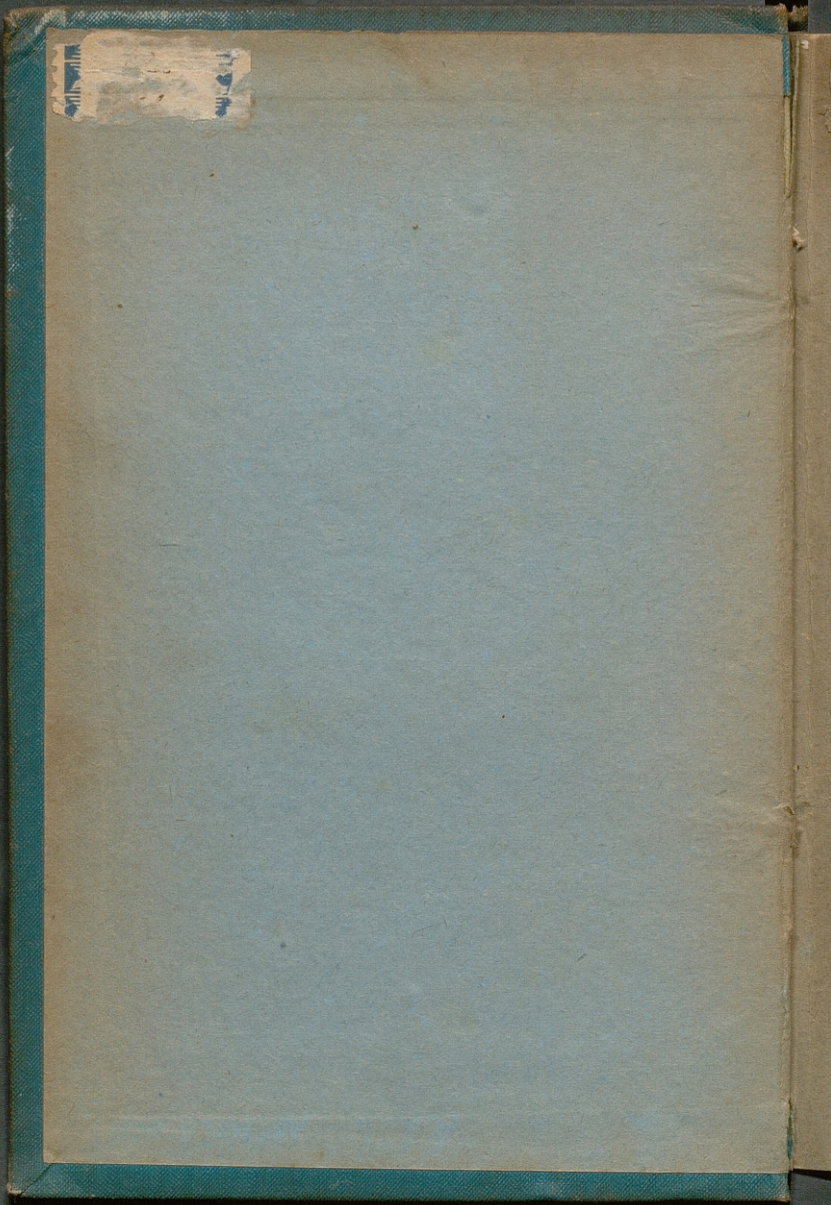
S
9

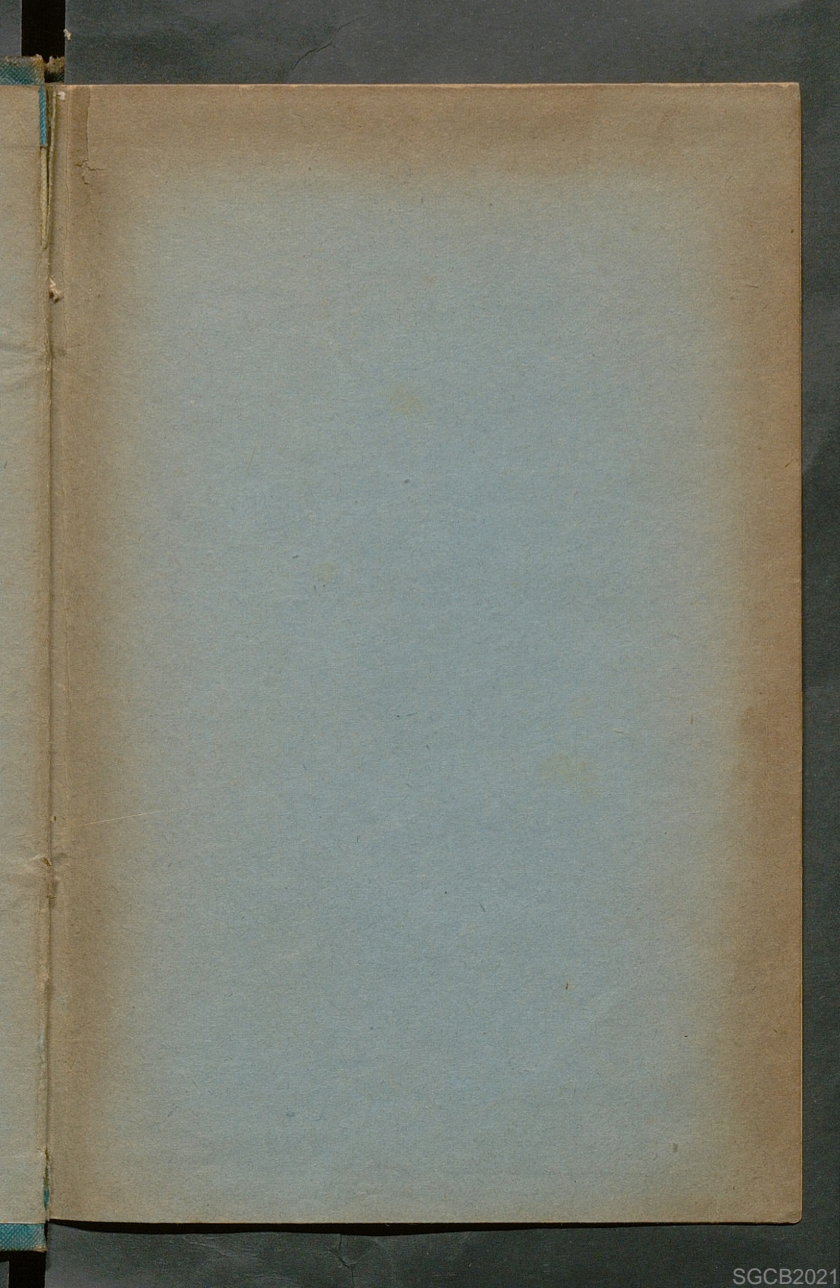
RES

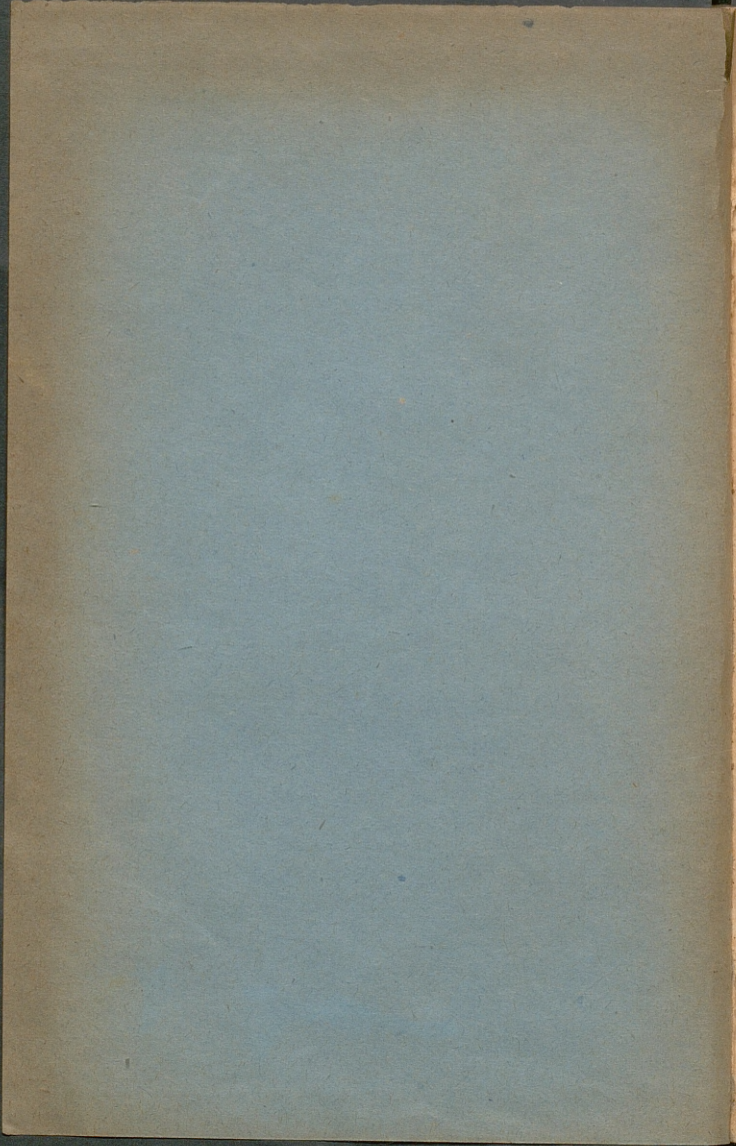
779



R







A 18 236 y

R. 16743

RES
779

CUENTOS

ORIENTALES

POR

JULIÁN BASTINOS



ILUSTRADOS POR EL MISMO

A. 18815756 Y 1

3.^A EDICIÓN



BARCELONA

LIBRERÍA DE JUAN Y ANTONIO BASTINOS, EDITORES

CALLE DE PELAYO, NÚMS. 52 Y 54

1888

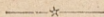
—w+e—
ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

—w+e—

Imprenta de Jaime Jepús, calle del Notariado, núm. 9.



PRÓLOGO



A LOS NIÑOS

Fijad por un momento los ojos y la atención en estos renglones, antes de comenzar la lectura de las sencillas historias que encierra este librito; no queráis devorar y satisfaceros con la avidez que os es peculiar, sin poderla contener ni por un instante.

En muchas ocasiones de la vida os veréis obligados á refrenar vuestros deseos; no siempre es mejor el ímpetu primero, porque nace del instinto y no de la reflexión.

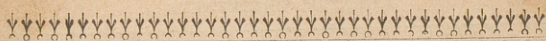
Escribí estos cuentos, no para enseñaros lo que ignoráis, sí para despertar en vosotros el deseo de saberlo; para vosotros son, y por esto os los dedico.

Leedlos pues, y que ellos hagan nacer el anhelo de solazaros con otros mejores.

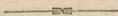




El camino de la Meca.



EL CAMINO DE LA MECA



I.

Separado sólo de España por el estrecho de Gibraltar, y unido al Asia por el istmo de Suez, era hace muy pocos años el Africa un vasto continente.

Cortada la estrecha lengua de tierra que la juntaba á las demás del viejo mundo, y expedito el camino de la India por el canal, que es un eterno monumento erigido á la memoria de Lesseps (1), for-

(1) El canal de Suez, atrevida empresa cuyo éxito feliz se debe á la constancia y al genio del animoso francés Fernando de Lesseps.

ma ahora una extensa isla lo que fué continente africano.

De allí vinieron las aguerridas é innumerables huestes que derribaron el carcomido trono gótico; descendientes de Ismael fueron quienes durante ocho siglos dominaron en España, y ¿quién sabe si aun hoy campeara la media luna en las torres de nuestras ciudades, sin el heroico esfuerzo de un puñado de montañeses acaudillados por el invicto Pelayo?

¿Queréis saber el secreto del valor proverbial de los moriscos? Como es de presumir vuestra natural curiosidad en este punto, como en otros, voy á explicároslo.

Mahoma, al predicar su nueva religión á los idólatras africanos, con el doble objeto de crear un ejército que impusiese sus doctrinas con el filo de la cimitarra é inspirar fe y confianza á sus adeptos, prometió que cuantos guerreando por su causa pereciesen en la demanda, irían derechitos al cielo.

Agregad á esta certeza que de salvarse tenían peleando por el Corán, la tem-

planza, el ejercicio y la acción vigorosa del clima, y he aquí por qué fueron y son famosos por su arrojo los árabes y por qué fueron dueños de Europa y parte de Asia en los prósperos tiempos del Islamismo.

Todo buen descendiente del Profeta está obligado á emprender, una vez en su vida, la peregrinación á la Meca, ciudad donde se halla el tan decantado sepulcro de Mahoma.

De las poblaciones de la antigua Mauritania á la Meca hay una inmensa distancia; tórridos arenales queman los pies y un sol implacable abrasa los sesos; el *kramsine* ó *simoun*, ese huracán de arena; los *arnautes*, bandidos del desierto; tigres y leones hambrientos; he aquí los inconvenientes de tan peligrosa travesía, en la que perecen la mayor parte de los peregrinos de las caravanas.

Sacrificio es tal viaje, obligatorio á más, sólo posible en una raza como la morisca, que llega al extremo en todas sus costumbres.

Seis años hará pronto que sucedió lo

que voy á contaros; esta historia se repite, sin embargo, cada año con muy pequeñas variantes; unas mismas causas producen casi siempre unos mismos efectos.

Desde Murzuk, en Trípoli, al Egipto, ni una aldea, ni una factoría, ni un *oasis* (1) se encuentra; el desierto de Libia, en toda su monótona desnudez, tiénese que atravesar para llegar sólo á la mitad del camino.

Murzuk es una ciudad extraña y deforme, como todas las antiguas; la parte norte, habitada por los notables, subsiste tal como aquélla fué fundada; hacia el Sur domina ya el estilo europeo, pues se hallan en ella, si bien pocas, calles tiradas á cordel y casas blanqueadas ó pintadas por fuera.

Entrando por el arrabal de Dahara á la calle de Minharís, á pocos pasos hacia la izquierda veíase la casa de *Ur-el-Gheib, cadí* (2) de la ciudad.

(1) Pedazo de tierra delicioso en medio del arenal.

(2) Alcalde.

El ancho portal que daba ingreso á la suntuosa mansión; las grandes baldosas de *taré*, piedra sólo hallada en una de las canteras de Tafilete, que formaban el pavimento del patio; las gradas de la escalera, las columnas de jaspe negro puestas á trechos en la baranda, los azulejos de colores en las paredes, árboles de azahar, argollas doradas para sujetar los caballos, pilas formadas por *tridacnas* (1) gigantescas, todo en la casa indicaba el elevado rango de su dueño.

Ur-el-Gheib era un hombre ya entrado en años, y no había cumplido aún la sagrada obligación del creyente: la peregrinación á la Meca; consistía el motivo de la dilatoria en lo débil de la complexión del *cadí*, que no le permitía un viaje tan largo y penoso, por lo cual iba aplazándolo; Dios sólo sabe si hubiese muerto aguardando la ocasión oportuna, á no so-

(1) Concha ó molusco bivalvo, cuyas especies gigantescas sirven de receptáculos; en la iglesia de San Sulpicio, en París, una *tridacna* regalada por la República de Venecia á Francisco I sirve de pila de agua bendita.

brevenir un incidente que hubo de obligarle á no prolongar más el *escándalo*.

Murieron en una escaramuza de fezzanos y argelinos un hijo y sobrino suyos, y todos los buenos musulmanes vieron en esto un castigo del justiciero Alá.

Ya no pudo demorar más su marcha; *Ur-el-Gheib*, después de llorar la pérdida de los valerosos y queridos mancebos, hacer testamento, despedirse en audiencia pública de todos sus subordinados y nombrar un sucesor interino; dispuesto todo lo concerniente á su ausencia y pasaje por el desierto, púsose en marcha con una caravana de doscientos camellos y otros tantos criados suyos.

Pocas horas después de la partida, los viajeros sólo divisaban á lo lejos un punto oscuro: Murzuk; los habitantes que salieron para verles marchar apenas percibían la caravana como una mancha negra microscópica; luego estos dos puntos desaparecieron del horizonte y quedó la soledad dueña del campo.

II.

Como poco importa saber lo que en la ciudad pasaba, sigamos á la caravana al través del desierto.

—Paréceme—decía *Ur-el-Gheib* á su fiel servidor *Sanhaar*—que empezamos el viaje con estrella feliz.

—Así lo indica todo, señor.

—¿Cuidaste de los *odres*? (1).

—Sí; hay provisión de agua suficiente.

Entonces se acercó un camellero ya viejo, pero de aspecto fuerte y vigoroso.

—Señor—dijo al *cadí*, haciendo una *salema* (2)—malas nuevas os trae el siervo.

—Dilas, *Orsan*.

—Cuando salimos de Murzuk, un *der-vis* (3) me dijo: «El adorador de Alá ha tenido esta noche un sueño profético; una

(1) Vasijas de barro para el agua.

(2) Saludo ó reverencia mimica.

(3) Dervis ó santón, peregrino semiprofeta.

bandada de cuervos vinieron á beberse el agua de mis *odres*, que rompieron á picotazos, y yo perecí de sed; el espíritu bueno os ilumine.»

—¿Esto dijo el venerable *derwis*?

—Hasta aquí él, señor; ahora, en cuanto á mí—dijo *Orzan*—veréis lo que me sucedió hace poco: ordeñaba mi camella, para hacer el regocijo del vientre de por la mañana (1), cuando la leche comenzaba á bullir y derramarse (como la gracia de Alá, que va más lejos de los deseos del buen creyente), vi á un tiro de espingarda una bandada de *arnautes* (2) persiguiendo á una leona furiosa. Eran muchos; apliqué el oído en tierra, y oí el rumor de las patadas de todo un *hato* (3) de caballería.

—¿Es eso todo?—preguntó el *cadi*, al concluir su relación el camellero.

—Así es, señor.

(1) Almuerzo.

(2) Arabes vagabundos, bandoleros casi todos.

(3) Destacamento.

—Pues el justo Alá vela por nosotros.

El camellero separóse de la comitiva algunos pasos, y permaneció parado; pasó la caravana entretanto, y cuando estuvo *Orsan* á la línea que le correspondía, incorporóse á aquélla y siguió andando.

—¿Qué te parece, *Sanhaar*, el relato del camellero?—dijo el *cadi*.

—No conviene nunca despreciar los avisos del espíritu, que inspira á los hombres las advertencias de salvación—contestó el interpelado.

—¿Mas no pululan por aquí siempre los *arnautes*? ¿Tiene de extraño que se presenten? Muchos somos, y nada cobardes; la razón nos asiste, y Alá protege á quienes le adoran y sirven.

El criado no contestó; la razón de su dueño era de las que no admiten réplica.

Prosiguieron andando silenciosos, absorto cada cual en profundas meditaciones.

Al poco rato una nube de *gipaetos* (1)

(1) Aves de rápido vuelo, parecidas á los buitres.

pasó por encima de sus cabezas; iba perseguida por otra bandada de cuervos, que atronaban el espacio con sus chillidos estridentes.

Todos los de la caravana levantaron los brazos al cielo, exclamando:

—¡Presagio! ¡presagio!

El *cadí*, volviéndose hacia *Sanhaar*, dijo, meneando la cabeza tristemente:

—Hijo mío, alguna desgracia nos amenaza; Alá nos proteja.

No se hizo esperar mucho la temida desdicha.

Tras una nube de polvo apareció corriendo á escape una numerosa partida de *arnautes*.

La caravana se detuvo, y cada cual puso mano á sus armas.

Los *arnautes* se arrojan sobre ellos con violento empuje; centellas salen de las bocas de sus espingardas, llueven las balas sobre la caravana y el humo de la pólvora cubre por un momento á atacados y agresores.

Los del séquito del *cadí* aseguráronse

sobre sus camellos como en una fortaleza, y contestaron con una descarga que derribó á muchos de los enemigos.

Peró éstos, más osados y resueltos á todo, dejaron las espingardas y *gumias* (1), y pistola en mano arremetieron á los peregrinos, lanzando aullidos penetrantes.

—¡Animo, hijos míos! — gritaba el *cadí*.

En breve se trabó en toda la línea un terrible combate cuerpo á cuerpo, con arma blanca; ni un golpe se perdía; nadie se salvaba, una vez herido.

Dios sólo sabe cómo hubiera terminado aquella horrible carnicería, si el *simoun*, levantando con su sopro incontrastable montes de arena, no hubiese envuelto ó casi sepultado á los combatientes.

Un alarido de terror, que no tiene traducción en lengua humana, alzóse de donde con tal fiereza se acuchillaban, y

(1) Puñal estrecho, corvo y afilado; Fez no tiene rival en la construcción de estas armas.

hombres y animales, arrastrados por el vertiginoso torbellino, levantáronse y cayeron y rodaron con un ruido espantoso por entre la arena, hasta ser enterrados en vida por el airado elemento.

III.

Pocas horas después todo estaba tranquilo.

El *cadí* *Ur-el-Gheib* yacía en tierra, presa de un desvanecimiento.

Sanhaar, el fiel servidor, arrodillado junto al anciano, contemplábale con la conmiseración del que no sabe ya qué medio emplear para socorrer á quien ama.

Ur-el-Gheib entreabrió los ojos y fué á decir algo; las palabras se helaron en sus labios secos.

Sanhaar dióle agua y el *cadí* respiró con menos fatiga.

—¿Qué se han hecho? ¿Muertos todos?—dijo.

—Lo ignoro, señor.

—Vamos á perecer...

—No; aun quedan algunos dátiles en mis alforjas; conservo la espingarda para defendernos de los leones; guardo un *odre* pequeño... probad á andar un poco, yo os ayudaré; vamos á quedarnos aquí solos, expuestos á todas las inclemencias del desierto...

—Bien lo veo, *Sanhaar*; pero... dame más agua.

—Tomadla toda.

—¿Toda?... ¿Y tú?

—¿Yo?... he hecho ya el viaje á la ciudad sagrada, y puedo morir; vos...

—¡Ah, es verdad! ¡Mi alma se pierde si no puedo llegar á la Meca!

Levantóse con mucha pena el *cadí*, ayudado por *Sanhaar*, y dieron algunos pasos para encontrar un camello que cerca se veía, escapado como ellos por milagro á la general conflagración.

Apenas habían comenzado á andar, cuando un grito de júbilo inmenso escapóse de sus pechos anhelosos y oprimidos por la fatiga y la sed:

—¡Un *oasis*!

Corrieron como locos, prestando fuerzas á su debilidad la perspectiva de salvación; pero á poco ¡qué desengaño!

El *oasis* no era tal, sino una ilusión engañosa que se llama *espejismo* (1).

Desvanecida su última esperanza, sólo les quedaba el recurso de rogar á Alá para que fuese misericordioso con ellos.

Sanhaar, no obstante, quiso tentar el último esfuerzo; montó al *cadí* sobre el camello; puso en el aparejo de éste la espingarda y el *odre*, y mostrando al anciano, que alzaba sus brazos en actitud de bendecirle, el último dátíl que guardaba para sí, dijo:

—Salvaos vos; vuestra existencia es más preciosa que la mía; yo aquí me quedo; no intentéis disuadirme, porque sería en vano. ¿Veis este dátíl? Con él basta para plantar una palmera que produzca

(1) El ardor del sol y la arena, que en partículas inpalpables llena el espacio, producen una reflexión en la atmósfera, donde se cree ver y tocar con la mano lo que existe á inmensa distancia.

tantos como granos de arena caben en un puñado; así lo dice el Corán. Si yo muero aquí, nacerá una palmera; es el único bien que puede hacer á sus semejantes un buen musulmán perdido en el desierto.

El *cadí*, sin fuerzas para oponerse al sublime sacrificio de *Sanhaar*, lloró, bendijo á su siervo y espoleó al camello con la culata de la espingarda.

—¡Alá corone de gloria al buen *Sanhaar*!—exclamó cuando le hubo perdido de vista.

IV.

El sacrificio del buen *Sanhaar* no podía pasar desapercibido á los ojos del que todo lo ve.

Otra caravana le recogió casi agonizante, y aun pudo salvar á unos pocos de los desgraciados compañeros del *cadí*, que, exánimes sobre la arena, creían llegado su último momento.

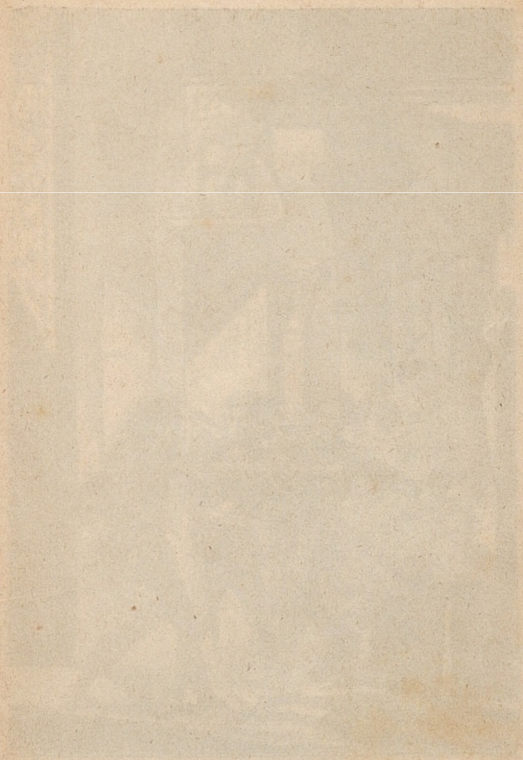
Así que estuvo en la Meca, tuvo *Sanhaar* la dicha de estrechar entre sus brazos al anciano *cadí*, que le adoptó como hijo y le colmó de beneficios.

Hoy día, el que fué siervo *Sanhaar*, es *cadí* de *Murzuk*, en sucesión de *Ur-el-Gheib*, que murió há poco con la sonrisa en los labios, rodeado de su familia, de sus queridos nietecitos, hijos de *Sanhaar* y de la buena y bella hija del anciano.

¡Qué dichoso habría sido *Sanhaar*, si, en vez de profesar las erradas creencias que predicó Mahoma, hubiese adorado al Dios que vosotros adoráis, queridos niños!

Mas fué un siervo fiel; supo sacrificar una existencia joven y llena de esperanzas á una decrepita y próxima á su fin, siquiera más preciosa que la suya, y Dios, que premia las virtudes naturales de aquellos que no le conocen, recompensóle en vida y le colmó de felicidades.

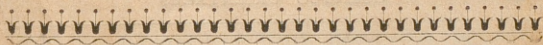




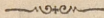
LIBRARY



Anquises.



ANQUISES



I.

¿Nunca habéis estado en las orillas del Nilo?

¿No habéis dejado vagar vuestra vista por las llanuras, ayer sumergidas por las benéficas inundaciones, hoy deslumbrantes con los esplendores de una vegetación lozana? ¿No ha recorrido vuestra imaginación el grandioso pasado del Egipto, primera página inteligible del inmenso libro de la civilización del mundo?

Es la arquitectura egipcia algo pesada,

pero armónica y majestuosa como todo lo antiguo; sus colosales pirámides, sepulcros de reyes, inmóviles espectadores de las grandezas de Sesostris y teatro de las primeras glorias de Bonaparte, arcas del arte antiguo, primeros jalones del camino del progreso... Dispensad, queridos niños, que, faltando á las consideraciones que os debo, vaya donde no debo ir y llegue adonde no debo llegar; Egipto fué un gran pueblo, y no son, para olvidadas las verdaderas grandezas.

En la orilla izquierda del Nilo, en una de esas casitas que acá y acullá salpican sus riberas, colocada en una pequeña eminencia adonde no llega el flujo de las aguas, vivían dos hermanos pobres, pero felices; que la resignación da una felicidad que no prestan las riquezas.

Anquises se llamaba él, y ella *Emirilis*; unían á un corazón bondadoso y á un espíritu de rectitud y caridad, un exterior agradable y simpático.

Su aislamiento impedíales tener amigos; pero nadie llamaba á su puerta que

no encontrase en tan pequeña morada franca y cariñosa hospitalidad.

Felices los dos hermanos, unidos con los estrechos y sublimes lazos del amor fraternal, ignoraban la existencia de los sinsabores; ni siquiera sospechaban que hubiese en el mundo quienes se complacen en labrar la desventura de sus semejantes; anidando el amor en sus corazones, no podían concebir que en el de otros germinasen el odio y la mala voluntad.

Pero esto existe por desgracia, por más que las almas cándidas lo ignoren; y nunca llega el ansiado día en que la benéfica lluvia de la fraternidad apague la tea de la discordia.

La Guerra, esa deidad funesta, vino á turbar el apacible reposo de los dos hermanos; los abisinios, belicosos y molestos vecinos, menudeaban las incursiones y las rapiñas en territorio egipcio; el virrey, cansado del merodeo é injustas agresiones de los fronterizos, les declaró la guerra. Una tarde, hilando *Emirilis* sen-

tada delante de la puerta de su casa, vió acercarse á ella un pelotón de soldados.

Levantóse sobresaltada y corrió al *minaret* (1), desde donde podía ver á su hermano, y le hizo seña de que acudiese en su ayuda.

Anquises comprendió la seña, y poniéndose al hombro la pequeña azada con que cavaba, fuése corriendo á su casa.

Al llegar á ella, los soldados dejaron en paz á *Emirilis* para importunar á su hermano.

El *scheik* ó capitán dijo, dirigiéndose á *Anquises*.

—Su alteza el virrey de Egipto manda que todos los varones aptos para servir se incorporen á su ejército; vos sois robusto y vigoroso, y debéis acudir bajo las banderas de la patria.

Al oír esto, *Anquises* palideció y hubo de apoyarse en el marco de la puerta para no caer.

(1) Terrado egipcio.

No era que el miedo á la muerte le acongojase: *Anquises* no conocía el temor.

Pero y su pobre hermana, ¿cómo quedaba? Derribad la añosa encina que sirve de abrigo al nido, y éste caerá al suelo y serán pasto de lobos y sierpes las tímidas avecillas.

Apurado era el trance en que se hallaba *Anquises*; pero no había más remedio que doblegar la cerviz á la dura necesidad.

Emirilís abrazó á su hermano y miró azorada á los que venían á arrebatarle su sostén, su protector, su vida.

—¿Cuándo hemos de marchar?—preguntó el joven.

—Hoy mismo—dijo el *scheik*.

—Pero esto no es posible... Figuraos que soy el único sostén de mi pobre hermana; ved cómo quedan mis asuntos, mi casa...

—Joven—interrumpió el *scheik*—habéis de advertir que no valen las excusas; ni los hijos de los ricos, ni éstos mismos, se eximen del servicio.

—Vamos, no seáis cobardón—añadió uno de los soldados.

Anquises, al escuchar esta frase brusca y despreciativa, y mirando de hito en hito al insolente soldado, le dijo:

—No es que el valor me falte, señor soldado; y si no, veremos después... Por mi hermana es por quien me duele esta partida...

—Todo puede arreglarse—interrumpió el *scheik*, hombre de instintos generosos, al ver la penosa lucha de sentimientos que sostenía *Anquises* en su interior;—vuestra hermana se quedará al lado de mi esposa mientras dure la guerra, y si tuviereis la desgracia de perecer en ella, será mi hija.

—Gracias, bondadoso *scheik*—contestó *Anquises* conmovido.

La despedida fué triste, como todas; los dos hermanos creían separarse para siempre, y se inundaron de besos y lágrimas.

Uno de los soldados, recordando tal vez una escena parecida en que él fuera

actor y no espectador, hubo de enjugarse con el áspero paño de la manga del uniforme la furtiva lágrima que se desprendía de entre sus canosas pestañas.

Cuatro días después, *Anquises* llegaba al campamento y *Emirilis* estaba instalada en la casa de sus improvisados protectores.

II.

Los abisinios guerrean como verdaderos salvajes; nada bueno puede esperarse de ellos cuando vencen; la humanidad es un sentimiento que desconocen por completo. Poseen fusiles de pistón, porque también llegaron hasta allí europeos torpes que, como á todos los salvajes, se los dieron; ¡bien hemos debido arrepentirnos de esta falta imperdonable! Los civilizados han suministrado, como la avecilla de la fábula, plumas para las flechas á

sus más implacables y encarnizados enemigos.

Si bien el ejército egipcio estaba organizado y armado á la moderna, llevábanles mucha ventaja los abisinios por su número y ferocidad; el egipcio es suspicaz, astuto, mas su fondo es bueno y honrado; no así el abisinio, que lo peor que tiene es el corazón; júzguese por esto á lo demás.

Vivaqueaba el enemigo en los montes de Gondar; el ejército egipcio, acampado en la llanura, junto al derruido templo de Isis (1), esperaba una acometida de aquél, sin atreverse á atacarle en sus inexpugnables posiciones.

Los egipcios poseían artillería, pero de sistemas muy antiguos: á los pocos disparos reventaban aquellos cañones de teatro.

En cambio, los abisinios tenían un cañón en cada brazo y una bala en cada

(1) La luna; deidad de los egipcios,

fragmento de roca que se hallase al alcance de su mano.

A más, ese desprecio á la muerte, que caracteriza á los orientales menos civilizados, estaban muy lejos de sentirlo los egipcios, más aptos para las bienhechoras artes de la paz que para las bélicas y demolidoras tareas de la guerra. •

La embestida no se hizo esperar mucho; en un abrir y cerrar de ojos, el campamento egipcio se vió inundado, rodeado, invadido por todas partes por los furiosos asaltadores, gracias á la poca vigilancia de los descuidados centinelas.

Reinó entonces una confusión indescriptible: el templo de Isis, que servía de cuartel general, fué el blanco de las iras de los abisinios; allí descansaba el general de sus penosas marchas anteriores, custodiado tan sólo por un centenar de soldados escogidos; hallábanse entre ellos el *scheik*, que los mandaba, y *Anquises*.

Este, cuyo exterior agradable y bellas prendas de carácter habían seducido el

ánimo del general, servíale de escudero y no se apartaba de su lado.

Cuando desde la ventana pudo ver la irrupción abisinia, dirigióse al lecho donde reposaba el general y le llamó repetidas veces.

Levantóse aquél por fin, y se armó á toda prisa.

—¿Qué hay?—preguntó.

—¡Han invadido el campamento!

—¡Corramos! ¡Y yo aquí!... ¡La guardia!—gritó el general.

El *scheik* y los soldados fueron penetrando en el aposento.

—¿Qué hay, *scheik*?—preguntó el general.

—El ejército, señor, está salvado; nuestros soldados combaten bien; el peligro está aquí; esos condenados nos cercan.

—Defenderse, pues.

Los soldados se derramaron por el inmenso edificio; cada cual ocupaba una abertura por donde salía el plomo homicida que derribaba á un atrevido sitiador.

Pero muy pronto, reducidos los defen-

sores á la tercera parte de su número, cobrando nuevos bríos el enemigo, penetró á viva fuerza en el templo y corrió por sus espaciosas galerías, lanzando gritos de guerra y matando y derribando cuanto á su paso se oponía.

Un numeroso grupo entró en el vestíbulo, desde donde el general dirigía la defensa.

—Están ya aquí—dijo con voz tranquila, empuñando con fuerza el sable y mostrando á sus escasos defensores los frenéticos abisinios.

Una bala fué á romper con furia en dos pedazos el sable del general, que se quedó con la empuñadura en la mano.

Anquises, fusil en mano, se puso á su lado; el *scheik* y los demás soldados combatían diseminados.

Un abisinio furioso abalanzóse hacia el general y disparó la pistola á su rostro; *Anquises* la desvió con su fusil y atravesó el cuerpo del agresor con su bayoneta.

Por fortuna, el general desvió la cabeza y la bala ni le rozó siquiera.

El *scheik* y un soldado, cubiertos de heridas y sangre, iban á sucumbir; el animoso joven corrió en su socorro, y haciendo voltear la culata del fusil por encima de las cabezas de los enemigos, derribó á dos de ellos y mató á uno; los demás apelaron á la fuga.

Un soldado tendió su mano á *Anquises*, mientras el *scheik* abrazaba á éste conmovido.

—Perdonadme, joven—dijo el soldado—os llamé cobardón...

Anquises, por toda respuesta, apretó más la mano del confundido guerrero.

Amados niños, *vengad* siempre las injurias como lo hizo *Anquises*: haced bien al que os hizo mal.

Poco después cambiaba la escena en el templo; vencedores los egipcios en la llanura, libertaron á su jefe y á los pocos compañeros que dentro del templo estaban; los abisinios pasaron de sitiadores á sitiados, de vencedores á vencidos.

.....
—*Anquises*—decía el general poco des-

pués de ganada la batalla, haciendo sentar á su lado al heroico joven—desde hoy serás hijo mío; tus virtudes inspiráronme hacia ti un cariño paternal; te debo además la vida...

—Señor—contestó el joven confuso—es demasiada honra para mí la que me ofrecéis... recompensa más que sobrada á mis escasos servicios... pero...

—Vamos, dí sin reparo—continuó el general—adivinaría lo que vas á decirme.

—Tengo una hermana...

—Sí; ya lo sé. ¿Créesme tan desconsiderado para olvidarla? El *scheik* me habló de ella, y según sus informes, es digna de ti y de mí; pero vamos, ¿no se te ocurre otra cosa?...

—Señor, yo no sé si hablar claro; pero esta vida, la vida del soldado, no se aviene con mis inclinaciones; Dios sabe lo que me pesan mis homicidios de hoy...

—Joven—interrumpió el general—te equivocas; esos no son homicidios, son actos heroicos y meritorios; salvaste tres

vidas y... si la fatalidad y la disciplina te obligaron á empuñar las armas, no es tuya la culpa.

»Voy á hacerte una confesión: tampoco á mí me gusta andar á cuchilladas con mis semejantes; vime obligado á abrazar la carrera de las armas en circunstancias análogas á las tuyas, y el virrey se opuso á que pidiese el retiro; pero ahora sí que lo voy á pedir.

— »Vosotros seréis los consuelos de mi vejez, y en el seno del hogar doméstico gozaremos tranquilamente, vosotros del bienestar á que os hacen acreedores vuestras virtudes, y yo de la apacible felicidad que puede esperar un viejo al lado de unos hijos como vosotros.»

III.

Si vais al Cairo, la capital de Egipto, queridos niños (pero ha de ser muy pronto, pues si tardáis no le hallaréis), sentado junto á la puerta de la casa más próxima

á la mezquita de *Achmet* veréis á un anciano venerable.

Pedidle hospitalidad, y os la concederá franca y generosamente; otro anciano, dos mujeres de mucha edad y varios jovencitos os encantarán por su trato afable y os colmarán de atenciones.

Nada debéis al viejo hospitalario por su patriarcal acogida; se enfadaría si intentaseis retribuirle por ello, y en esa edad los enfados son muy de temer; pedidle sólo que os cuente su historia, y se considerará pagado con usura.

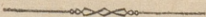
Os mostrará primero uno á uno todos los miembros de su familia, diciéndoos: «Mi nombre es *Anquises*; esta mujer es mi hermana *Emirilis*, esposa de *Ta-lho*, hijo de un *scheik*, que... ya lo sabréis; *Surza*, esa otra mujer, es la mía; los demás son mis nietos; aquel retrato es el de nuestro protector: el general de...

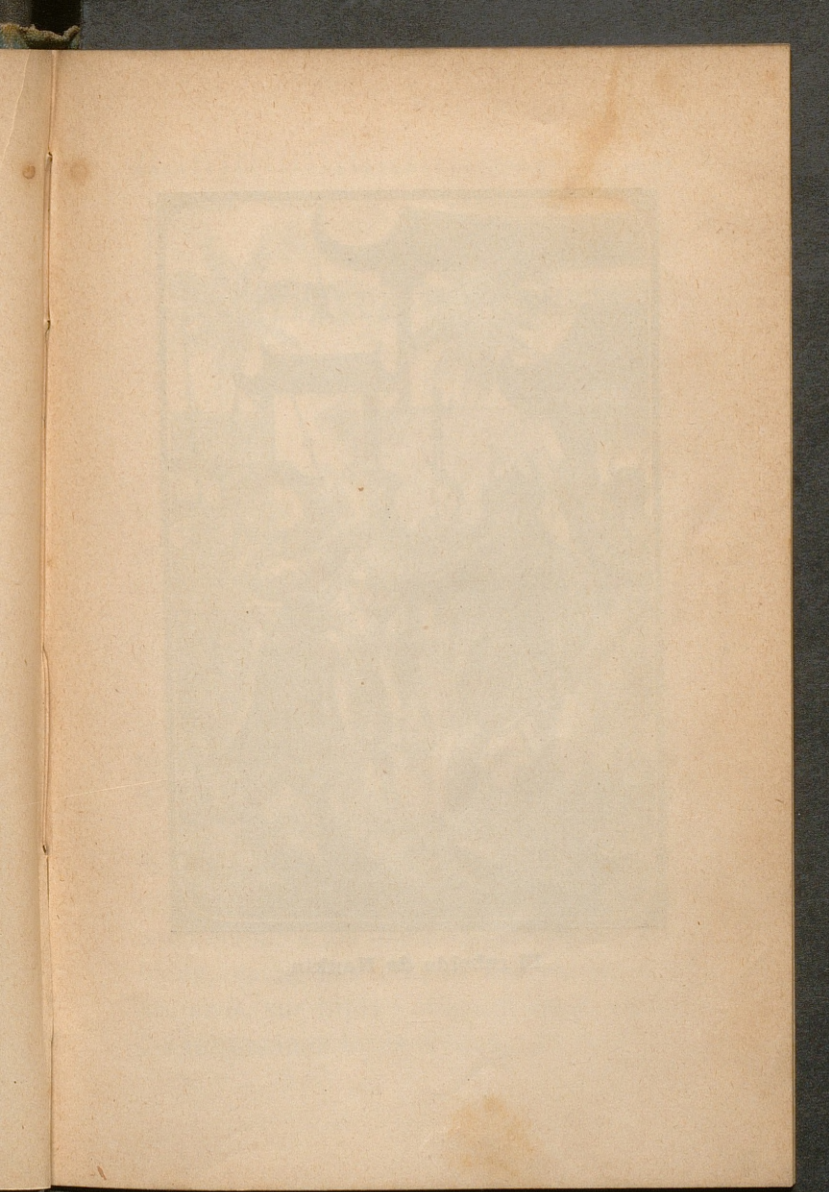
»Nuestros hijos viven en una casita cerca del Nilo, donde yo habité con mi hermana.

»Ahora vais á oír la historia que me

habéis pedido, y comprenderéis lo que os falta para conocer á mi familia.»

Y sentándose en su escaño predilecto, rodeado de los ancianos y los niños, con voz animada, semblante que respira júbilo y postura que indica la tranquilidad de su espíritu, que es el fruto de una conducta honrada, os dirá... lo que acabo de contaros.







El rebelde de Nankin.



EL REBELDE DE NANKIN

I.

Nankin es una ciudad notable del Celeste Imperio (como á la China se llama) por su célebre torre de porcelana, monumento cuya altura casi llegaba á la de la pirámide de *Cheops*, en Egipto, el más elevado y considerable del mundo.

Es aquella la ciudad que fué el foco de la terrible insurrección que hace pocos años hizo bambolear el trono de *Hien-Tung*, abuelo del actual emperador.

Cuando aquél entró victorioso en la ciudad rebelde, mandó decapitar en la plaza pública á los principales caudillos de la revolución; á los que no pudieron ser habidos, castigóles con la muerte de sus mujeres, sus hijos y sus parientes, según las inhumanas leyes chinas.

Fijad por un momento, niños míos, la atención en lo que acabo de contaros, y, considerando la diferencia que media entre aquella y la civilización de que gozamos, sentiréis ensancharse vuestro espíritu y acrecentarse en vosotros el sublime amor á la patria en que habéis nacido; y dando gracias á Dios por haberos dispensado, sin merecerlo, tan grande beneficio, pediréisle que cesen los horrores que aun deploramos, cometidos entre las tinieblas del paganismo, para lo cual basta un solo rayo de luz emanada de la sublime doctrina del Crucificado.

Como os decía (perdonad mis digresiones), no todos los jefes revoltosos cayeron en las garras de la sanguinaria justicia china; algunos, muy pocos, se salvaron, gracias al dinero ó á la astucia.

Thon-ché hallábase en este caso; al aproximarse las tropas imperiales, viendo perdida la causa que defendiera, y faltándole ese valor heroico de los que sucumben al pie de su bandera, valor que es inútil buscar é imposible hallar en China,

huyó de la ciudad con su mujer y su hija.

Vagaron por los montes algunos días sin dirección fija, alimentándose apenas de frutas silvestres; el hambre, la sed y el cansancio tenían extenuadas todas sus fuerzas; iban á sucumbir sin remedio, cuando un honrado campesino se apiadó de ellos y les dió un asilo en su casa.

Pronto, gracias al buen carácter de los fugitivos y encubridores, la intimidad fué estrechándose entre ellos y llegaron á formar por último como una sola familia.

Thon-ché ayudaba en sus faenas del campo al generoso labriego; la mujer y la hija de aquél tomaban activa participación en las tareas domésticas de la dueña de la casa, y así, no solamente la permanencia de los proscritos dejaba de ser gravosa, sino que aun era un eficaz auxiliar para los protectores.

La bonanza es muy corta siempre en el combatido mar de la vida.

Sólo medio año transcurrió feliz para las dos familias.

Una tarde de verano, cuando se prepa-

raban *Thon-ché* y el campesino á regresar del campo de *thé* (1) á su casa, vieron llegar dos guardias tártaros, de á caballo, del emperador.

—¡Eh! ¡villanos!—gritaron al estar próximos;—¿no hay poraquí un casucho donde pasar la noche?

El labriego se volvió hacia *Thon-ché* y díjole por lo bajo y apresuradamente:

—¿Dígoles que no? Quizá os descubran...

—Por hacer bien jamás se pierde—contestó *Thon-ché*.

Y alzando la voz, repuso:

—Sí hay; venid con nosotros.

—Adelante.

Y los cuatro se dirigieron á la casa del labriego.

II.

Varios oficiales de la guardia del emperador comían en un departamento del palacio imperial de Pekín.

(1) Planta aromática y tónica, originaria de la China, que es uno de los principales orígenes de su riqueza.

En China todo va al revés de lo nuestro: allí descubrirse la cabeza es además irrespetuoso; se lee empezando por la derecha; la izquierda es el lugar de preferencia; el silencio un crimen; la aguja imantada se dirige al Sur; por eso nada tiene de extraño que los oficiales comenzasen la comida por las frutas azucaradas, los postres, y concluyesen por el arroz.

Hablaron después de los negocios de Estado, y recayó la conversación sobre las últimas revueltas.

—Á propósito—dijo uno;—hay tres jefes que nunca son habidos: *Tli-ching*, *Thon-ché* y *Lieu-lou-eng*.

—Buenaspiernas y buen olfato tienen—dijo otro.

—¡El *mandarín* (1) *Young!*—exclamó el primero levantándose, á la par que todos, de su asiento.

El recién llegado, sin dignarse saludar á la concurrencia, se dirigió al primer oficial y le dijo:

(1) Alto dignatario cuyo poder es igual al de los bonzos ó sacerdotes, é inferior sólo al del emperador.

—Nuestro magnánimo y justo emperador quiere y manda que sean perseguidos los pocos culpables que han escapado á su justicia; de no ser pronto aprehendidos dichos criminales, lo pagaréis con vuestras cabezas.

Y dicho esto, salió de la cámara.

—Ya lo oís, nobles señores—añadió el oficial;—en marcha.

—En marcha, pues—repitieron todos, desbandándose como un rebaño despavorido.

III.

La casa del labriego estaba rodeada de soldados.

Tenían, como habéis visto, orden de prender, vivos ó muertos, á los pocos rebeldes fugitivos, y habían dado con la madriguera de uno de los principales: *Thon-ché*.

Poco antes de llegar á la casa los dos guardias, *Thon-ché* y el labriego, según les dejamos al concluir el primer capítulo, una víbora, pisada por el caballo de

uno de los jinetes, se arrojó con rabia sobre éste, enroscándosele al cuello y yendo á clavarle su mortífero aguijón.

Thon-ché voló en socorro del guardia, y arrancando con fuerza al asqueroso reptil de su presa, la remató en tierra á golpes de azada.

El guardia abrazó las rodillas de su salvador y juróle que le pagaría el beneficio aun á costa de su vida.

Poco después divisaron á la tropa que cercaba la casa del labriego.

Thon-ché se consideró perdido.

Si huía, dejaba abandonadas á su mujer y su hija, que pagarían por él; si se quedaba, todos iban á perecer.

En tan apurado trance, tentó un esfuerzo, confiando en la generosidad de los guardias.

Explicóselo todo al soldado de la vibora, y cuando éste se hubo repuesto del asombro que le causara tan imprevista declaración, dijo:

—Podéis huir, si queréis; yo no os descubriré ni mi compañero tampoco.

Este hizo una señal de asentimiento.

Thon-ché sacó de su bolsillo algunas *piastras* (1) y se las dió á su protector.

—¿Y mi esposa? ¿y mi hija?—decía el proscrito, pensando en los caros objetos de sus afecciones.

—Quedad tranquilo por ellas—dijo el campesino;—vos permaneced oculto por dos días en la selva vecina, y pronto os reuniréis para marchar luego adonde queráis.

Thon-ché partió; los tres restantes llegaron á la casa.

¡Pero qué espectáculo se ofreció á sus ojos!

La esposa del rebelde, amarrada como un asesino en el poste de secar las calabazas, mirando con espanto cómo la soldadesca brutal se complacía en atormentar á su hija.

Los recién venidos se indignaron, y encarándose el labriego con el oficial que dirigía tan repugnante maniobra, le dijo:

(1) Moneda china de nombre igual al de la turca, pero de distinto valor.

—¿Quién os autoriza para semejantes crueldades?

—¿Y quién á ti para preguntarme?— replicó el insolente oficial.

—¿Habéis venido para martirizar á estas pobres gentes, á esta niña que ningún delito ha cometido?

—Tengo orden de cazar rebeldes, y si no se hallan, á sus parientes.

—Yo lo impediré; estoy en mi casa.

—¡Hola!—exclamó el oficial, dirigiéndose á sus soldados;—atadme bien á ese hombre, que está loco.

—¿Cómo es esto?—dijo entonces el guardia que salvó á *Thon-ché*;—¡quieta esa gente!

A la vista de los uniformes de la guardia imperial que vestían los jinetes, el oficial, que era muy subalterno, no replicó.

—Esta mujer y esta niña nos pertenecen—continuó el guardia—hacedlas soltar.

—¡Por los ojos del gran *Budda*! (1)—gritó un soldado—yo no las suelto.

(1) Dios de la mitología china.

Y cogiendo á la niña por los cabellos, la levantó en alto y se disponía á cortar-le la cabeza con su sable.

El campesino se lo hizo saltar en pedazos con un golpe de azada, y dándole un empellón le obligó á soltar su presa.

Toda la soldadesca se enfureció al presenciarse tal escena.

Pero los guardias eran sagrados, como la persona del emperador, y nadie se atrevió á tocar al labriego.

Desataron los guardias á la mujer de *Thon-ché*, y montando á ella en un caballo y á la niña en el otro, partieron, no sin gritar al oficial, que rugía de ira:

—¡Quien se atreva á tocar á esta casa ó á sus moradores, será castigado por el emperador!

IV.

En salvo ya *Thon-ché* y su familia, refugiados en el Japón, pensaba sólo día y noche en la suerte que les habría cabido á sus generosos bienhechores.

—¡Quién sabe —decía *Thon-ché*— si todos habrán sido castigados por mi culpa!

Este torcedor pensamiento le tenía intranquilo y no le dejaba gozar en paz de la envidiable posición que con su trabajo se había conquistado en el japonés imperio.

Los días transcurrían, y ninguna noticia llegaba que le diere la certidumbre de sus negros presentimientos ó llevase á su abatido espíritu el aliento de la esperanza; para quien sabe sacrificarlo todo al bien de sus semejantes, es muy duro pensar que haya quienes le paguen con la misma moneda; pues la abnegación es una joya cuya posesión ignora quien la tiene.

Por fin llegaron las ansiadas nuevas.

Un negociante que iba al Japón para comprar grandes cantidades de la seda excelente que ciertos gusanos de aquella región producen, trajo á *Thon-ché* un pliego cerrado, en cuyo sobre se veían las armas imperiales. En el primer momento, el desterrado creyó que era aquello

una orden emanada del *Mikado* (1) para que volviese á su país á someterse á las autoridades chinas; abriólo por fin, y leyó en él un mandato de *Tu-Sing*, primer magistrado militar y civil del Imperio chino, para que inmediatamente se pudiese en marcha en dirección á Pekín; en el puerto de Kingtao una escolta se pondría á sus órdenes, acompañándole hasta la capital.

Thon-ché se creyó ya preso y condenado á muerte.

El mercader, flemático y olvidadizo como buen chino que era, había descuidado entregar otro pliego de parte del campesino protector de *Thon-ché*.

Dióselo, y al recorrer sus ojos las líneas del escrito, fué serenándose su rostro, haciendo aparecer en los de su esposa é hija, que estaban presentes, las señales exteriores de un corazón que recobra la perdida esperanza.

La carta decía así: «Cuando huisteis al

(1) *Mikado* es soberano espiritual del Japón, y *Taikoun* soberano temporal.

Japón, fuíme yo á Pekín; allí volví á reanudar mis interrumpidas relaciones con *Tu-Sing*, dignatario pariente y amigo; hallábase el emperador muy inquieto, pues se le habían rebelado los de Kuku-noor; como sé la influencia que vos tenéis allí, hice indicar al emperador, por medio del mandarín, que sólo vos podríais apaciguar la revuelta, y la proposición fué aceptada; vos conocéis la política suspicaz del emperador; tal vez os aguarde para castigaros, pero no lo creo así; yo estoy comprometido, y si vos no venís, mi cabeza pagará por la vuestra.»

Aquí concluía la carta del labriego.

Thon-ché tomó su resolución.

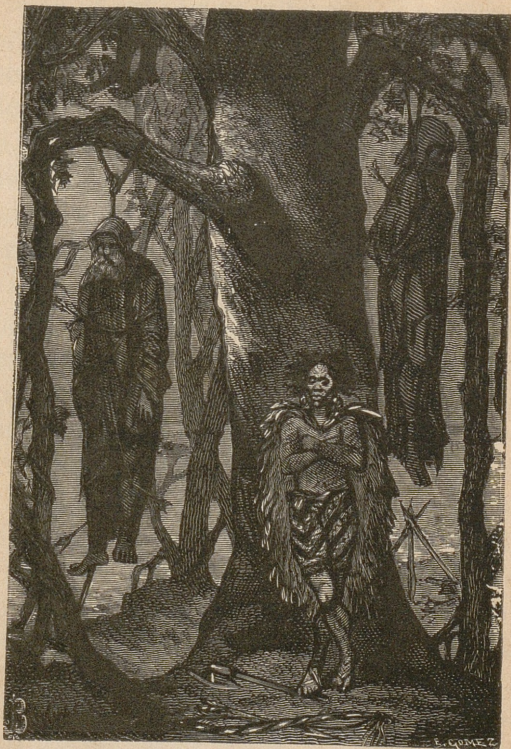
—Esposa mía, hija mía—dijo—he aquí que me hallo enfrente de una dura alternativa: si parto, tal vez... el soberano es vengativo; si me quedo, otro pobre amigo morirá por mí.

»Pero este es el momento para pagar la deuda de gratitud; ellos por nosotros se sacrificaron: nosotros por ellos debemos hacer lo mismo.

»No os mováis de aquí; yo iré á probar fortuna; no debemos abandonar la suerte que el cielo nos concedió; el corazón me dice que saldré con bien de esta arriesgada empresa, si el gran Budda secunda mis esfuerzos; toda mi vida no será bastante para recompensar lo que por nosotros hicieron aquellas almas generosas.

»Un soldado me salvó la vida; otro amigo y su familia partieron su pan y su lecho con los perseguidos por la justicia humana; las deudas de gratitud sólo se pagan con una moneda: el sacrificio; partiré, pues.»

Excuso añadir, niños míos, que Dios, que nunca deja de su mano al que en él confía, por más que tenga la desgracia de no conocerle por su nombre verdadero, hizo que el éxito coronara la empresa de *Thon-ché*, que si alguna vez había podido delinquir, muchas veces tuvo ocasión de expiar su cometida falta.



Los mártires.



LOS MÁRTIRES



I.

Los indígenas de muchas de las islas oceánicas, en su casi totalidad, permanecen en el estado salvaje y sólo viven para sí; su estancia en el mundo reporta pocos bienes á sus semejantes.

Una anécdota que voy á contaros, sin duda os hará más palpable lo que acabo de decir, moviéndoos á compasión por el hombre extraviado (mejor diré, sin rumbo fijo) y admiraréis una vez más al que sacrifica su vida en aras del sublime afecto que se llama *amor al prójimo*.

Era el 10 de abril de 1780.

Un buque zarpaba del puerto de Barcelona, llevando á su bordo seis religiosos franciscanos que iban á convertirse en héroes mil veces más gloriosos que los héroes de los campos de batalla.

No les impelía el mezquino amor á la riqueza, el codicioso afán de metal que dejaba sin brazos á la España, ese afán que hace que en busca del becerro de oro tantos inexpertos abandonen sus hogares; otro objeto más sublime, otro fin más noble y santo les movía á abandonar la apacible soledad del claustro: el amor á la Humanidad, el deseo de arrancar á sus ciegos hermanos, perdidos en un rincón de tierra, del error de la idolatría.

Habían abandonado su tranquilo retiro para encontrar un cruento suplicio en lejanas é inhospitalarias playas; pero trocaban por una vida oscura y sin gloria la corona inmarcesible del héroe cristiano.

Llegaron, tras una penosa y prolongada travesía á Bantan, puerto hoy de impor-

tancia y entonces miserable villorrio de pescadores.

Desde allí fuéronse á Singayon, y luego á Chian-nog, desde donde emprendieron el camino hacia la selva virgen.

Permanecieron dos días en una choza abandonada, distante cosa de media legua del lindero del bosque.

Pasó cerca de ellos un indígena, y preguntáronle cuál era el camino del Iguan.

El interpelado, por toda contestación, limitóse á encogerse de hombros y á balbucear en una jerga entre *dayak* (1) y holandés:

—Aquí no hay caminos; cada cual se los hace.

Y marchóse.

Los buenos religiosos tomaron al azar por un sendero que, más que de tal, tenía trazas de escapatoria de lobo.

Caminaron por espacio de muchos días, alimentándose de frutas, hasta que divisaron el villorrio de *Senparóo*.

(1) Lenguaje de buena parte de los indígenas oceánicos.

Rendidos por el calor, la necesidad y la fatiga, sentáronse sobre unas piedras colocadas junto al *Pah* (1) que cercaba el pueblo.

Una mujer se les acercó; fray Fernando, que era el mayor de edad y quien capitaneaba como superior, la evangélica tropa, levantóse y habló á la que, movida por la curiosidad, se les aproximaba:

—Buena mujer: pan, agua, ¿tenéis aquí?

—Agua, sí; pan... ¿qué es eso?—preguntó la indígena.

—Algo que comer...

La indígena fuése á su choza en busca de lo pedido.

Poco tardó en volver, llevando un cesto atestado de *javia* (2), *catappas*, *man-gustans*, *sorghos*, en fin, cuantas frutas del país pudo hallar.

Cuando los misioneros hubiéronse re-

(1) Empalizada; compónese de unas vergas desiguales terminadas por ridículos y mal tallados mascarones, pintarrajeado todo con colores rabiosos.

(2) Cebada que dió nombre á la isla de Java.

frigerado un poco, la mujer comenzó á asediarles á preguntas.

—¿De dónde venís?—¿Para qué habéis venido?—¿Qué sois?—iba interrogando á cada uno de los padres.

Fray Fernando satisfizo su curiosidad á medias, pues la mujer no comprendía lo que se proponían aquellos hombres, en país extraño, sin ir armados ni llevar escolta.

El superior dióle las gracias por sus estimables servicios, y le pidió las señas de la habitación del *cacique* (1).

Apenas hubo la mujer oído esto, púsose á indicar con vivos ademanes que estaban perdidos si hablaban al *cacique*.

—Odia á los europeos—dijo;—ahora está en esa montaña coronada de *ébanos* (2), pues es día de gran ceremonia religiosa; no tardarán en volver, y si que-

(1) Jefe salvaje de tribu.

(2) Árbol cuya madera es de un color tan negro, que ha llegado á ser proverbial la frase: «Negro como el ébano.»

réis entretanto venir conmigo á descansar en mi casa, podéis hacerlo.

»Es la única en todo el pueblo en que hay un sér viviente; mi pobre niño—continuó con semblante angustiado—está muy enfermo.»

Los misioneros fueron siguiendo los pasos de la mujer, en dirección á la choza.

El interior de aquel mezquino tabuco era miserable y sucio: todo allí indicaba pobreza y mala salud.

Fray Fernando tomó el pulso de la pobre criatura, que yacía envuelta en destejidas tiras de *phormium* (1), y dijo, volviéndose hacia el hermano Gregorio, su segundo:

—Pocas esperanzas hay.

—¿Lo creéis así, señor?—preguntó la madre ansiosa.

—Jamás digo lo que no pienso—contestó el monje.

(1) Vegetal de las costas javanesas, con cuyas fibras se entretajan mantos que tienen la apariencia de pieles de oso.

—Llegan ya los indígenas—dijo uno de los misioneros, que miraba por el estrecho ventanillo por donde recibía la luz el interior de la cabaña.

—A mí poco me inquietan—contestó el superior;—esta criatura reclama nuestros cuidados, y tal vez...

—¿Qué?—dijo la madre interrumpiendo al monje.

—Que tal vez pueda salvarla —continuó éste;—dejadme hacer; ¿qué remedios le habéis aplicado?

—¡Ninguno!...—contestó la mujer, encontrando sumamente insólita y desusada la pregunta de fray Fernando.

—Pues yo, con la ayuda del dios que adoro, he de curar á vuestro hijo.

—¡Ah!—exclamó la madre transportada de gozo—si vuestro dios me lo salva, yo le adoraré y haré que le adoren todos los de *Senparóo*.

Fray Fernando sonrió con amargura y murmuró por lo bajo:

—¡Pobre mujer! ¡no sabes lo difícil de nuestra misión, que tal te prometes!...

En aquel momento, el *cacique*, seguido de un séquito ruidoso y brillante, pasó por delante de la casa.

II.

—¡La loca! ¡la loca viene! ¡la loca corre! ¡la loca salta!—gritaban los chiquillos persiguiendo á una mujer que corría de una á otra casa y contaba á los que querían escucharla un caso prodigioso, acompañando su relación con los ademanes expresivos que entre oceánicos representan más papel en la transmisión de ideas que el mismo lenguaje hablado.

Era la mujer que ya conocéis.

—Un hombre de Europa—decía con entusiasmo—un profeta del dios europeo ha salvado á mi hijo; y no creáis, estaba ya medio muerto; todos los que padezcan, vayan á mi casa y serán salvos; él lo dice.

Los indígenas de *Senparóo* no hacían caso de sus palabras, y los pequeños

dayaks la apedreaban, como los perros ladran y atacan á los caballos que corren.

Aquellas gentes, niños míos, estaban embrutecidas; sólo conocían al dios del placer; desconocían al dios del amor; ¡cuánto había de costarles á los pobres misioneros convertir á seres que de humanos apenas tenían la forma (1)!

Sin embargo, consuela el pensar que cuando el vendaval aventá la semilla recién depositada, no la arrebatá, la trasladá.

Los de *Senparóo*, capaces de discurrir algo, comenzaron á ver claro; fuéronse á la casa de la mujer, vieron al niño curado y meditaron.

Y cuando el espíritu se fija, adquiere siempre una verdad nueva.

(1) Los salvajes de Oceanía, América y África llevan el cuerpo pintado á rayas y círculos y las facciones desfiguradas con arabescos estrambóticos; llámase la pintura especial de los oceánicos *tatuage*, y es objeto de curiosas investigaciones, pues se cree que los indígenas llevan sobre su cuerpo escrita parte de la historia de sus islas, constituyendo, por decirlo así, cada hombre una página, cada tribu un tomo y cada nación su historia entera.

III.

Era un día sereno y apacible el en que los misioneros fueron recibidos en audiencia por el *cacique*.

Éste conocía ya la milagrosa curación del niño, y estaba algo predispuesto en favor de los misioneros; si no les amaba hasta el punto de restregar con las suyas su nariz (1), no les odiaba tampoco para imponer el *tabou* (2) para ellos, en todo lo de su reino.

Pero su jefe de la guardia, hombre cruel y violento, aborreciales con la antipatía instintiva que el malo siente hacia todo lo bueno.

Bajo un gigantesco *látanero* (3) estaba

(1) Prueba la mayor de amistad y cariño entre ellos.

(2) El *tabou* representa un gran papel entre los salvajes de aquella región; en él están comprendidas todas las arbitrarias leyes políticas, religiosas y sociales; aquella palabra, pronunciada por el *cacique*, prohíbe á todos tocar lo que se indicó.

(3) Palmera roja de hermoso aspecto.

sentado sobre una piel de *leopardo* el *cacique Kayouan*; á su alrededor permanecían en pie sus guardias y guerreros de Java y de Sumatra; los *rajahs* y otros dignatarios, y el pueblo, apiñándose en torno, cerraba el ancho círculo cuyo centro formaban los misioneros.

Fray Fernando se adelantó hacia el *cacique* y comenzó su relación con frases elevadas y elocuentes; expuso el objeto de su venida, las excelencias de la religión cristiana, poniéndola en parangón con las aberraciones de la idolatría, lo que hizo que los indígenas le interrumpieran varias veces, profiriendo gritos y amenazas contra el atrevido europeo que venía á echarles en cara sus errores y maldades.

A no haberles *Kayouan* protegido, en tal momento fueran descuartizados por la irritada multitud que amenazadora les rodeaba.

Concluída su relación, el padre, cruzándose de brazos tranquilamente, aguardó la respuesta del *cacique*.

—Ningún delito—dijo éste—habéis cometido viniendo aquí, y por tal razón no se os castigará; pero en cuanto á las razones en favor de tu religión, no las encuentro bastantes para convencerme, y si no, dime, europeo: nuestra religión nos promete ser felices en vida y en muerte; tu dios, según cuentas, sólo asegura la bienaventuranza después de morir. ¿Cuál es preferible, dilo?

Fray Fernando recogióse en sí mismo, y contestó después de breve espacio:

—Vosotros hacéis consistir la felicidad en la posesión de riquezas, en el placer, en la gloria...

—Así es—dijo el *cacique*.

—Y como todo esto puede poseerlo el que obra bien y el que obra mal, decidme vos, que tenéis fama de justo, ¿dónde está la justicia de la religión que profesáis? Y si un vasallo os asesina, no podréis impedir que él sea tan feliz como vos en la otra vida.

El *cacique* púsose pensativo.

Los salvajes hasta entonces habían

éste podido reprimir su enojo; pero estalló al ver que su jefe se confesaba implícitamente vencido por un pobre sacerdote.

Kayouan dió orden á *Marhayo*, su capitán de guardias, de que los llevase á lugar seguro, donde no fuesen molestados.

El pérfido *Marhayo* sonrió de un modo extraño y fué á cumplir á su manera las órdenes del *cacique*.

La mujer tenida por loca, cuando vió acercarse la partida de guardias rodeando á los misioneros, se puso en medio del camino para interceptarles el paso.

Dos ó tres lanzas se bajaron contra ella; pero fray Fernando impidió que la hiriesen.

—¡Les lleváis presos! ¿Qué mal os han hecho?—dijo á los guardias la mujer.

Marhayo la amenazó con su *koris* (1), haciéndola apartar algunos pasos.

Pero ella, obstinada como javanesa y

(1) Arma javanesa.

como mujer, volvió á insistir y no paró en sus denuestos contra los guerreros hasta que, irritados, tapáronle la boca, atáronle las manos y la hicieron andar delante de ellos á empellones.

IV.

Vedlos: sus cuerpos mutilados, asaetados con flechas envenenadas con *duho hupas* (1), cimbrean pendientes del *baobab* (2) sagrado.

Son los misioneros; sólo uno se salvó, gracias á un ardid de la que llamaban la loca, y que aun con riesgo de su existencia quiso pagar el beneficio que había recibido de fray Fernando, salvando á su hijo querido.

(1) Jugo ponzoñoso y mortal que se extrae del árbol del *Duho-Hupas*.

(2) Árbol corpulento de corteza cilíndrica, cuyas ramas arraigan en el suelo, alrededor del tronco, formando á veces una verdadera galería.

—¿Quién sería su verdugo? ¿Qué espíritu ruin se complació en el suplicio de estos inofensivos apóstoles del Dios de paz?

No lejos de la víctima hallaréis siempre á la hiena saguinaria que se lame el hocico con horrible complacencia antes de devorar su presa.

Debajo del *baobab*, ved al perverso.

Marhayo; él es quien ha dictado la sentencia de muerte de los misioneros, sentencia que ha consistido en un gesto horrible; *Marhayo* sonrió con una sonrisa infernal, y dijo cuando los infelices misioneros entregaron su alma á Dios:

—*Kayouan* mandóme que no se les molestara por nada... me parece que ya no se les molesta ni se molestará jamás...

Y acompañó con una seca risita de negro bozal su lúgubre soliloquio.

Ahora registra los bolsillos de los padres, para ver si encuentra alguna cosa de valor de que apoderarse.

¡Calle! ha dado con un bote casi lleno de un líquido rojo...

—¡Qué bueno debe ser esto!—exclama y se lo bebe.

¡Infeliz! es una medicina; la misma con que curó al niño; una gota de ella, salva; cien, matan.

Marhayo, después de media hora de llamar en vano al *cacique* y al pueblo atónito, que de lejos presenciaban su agonia, espiró desesperado.

Ya os he dicho que no todos los religiosos perecieron; uno se salvó, y captándose la confianza y el cariño de *Kayouan*, comenzó por catequizarle con arte, enseñándole los primeros rudimentos del saber, y concluyó por contemplar con satisfacción indecible cómo se extendía la doctrina del Crucificado entre los indígenas, gracias á la sombra protectora del *cacique* convertido y de la semilla que con su sangre regaron los malogrados misioneros que tan triste fin tuvieron.

¡Pobres víctimas inmoladas en aras del fanatismo oceánico!



Book in English



Goa la Indiana.

GOA LA INDIANA

I.

Más de una vez, queridos niños, habrá llamado vuestra atención algo de la India, ese bellissimo país del sur de Asia.

Pero es bien seguro que también habréis comprendido en un mismo nombre á diversos habitantes y á diversos productos de las partes del globo que vagamente conocéis por las Indias.

Así, acostumbráis á llamar indio á todo hombre desnudo, cuya cabeza rodea una empinada cimera de plumas, y cuyos muslos bronceados cubre en sentido inverso

á aquélla un aparejo semejante; forjáis con vuestra fantasía unos collares de perlas, unos brazaletes y argollas de oro purísimo, que ciñen su garganta y brazos; colocáis en su espalda un *carcaj* (1) atestado de largas y aceradas flechas; ponéis en su diestra un arco ó una *clava* (2) y heos ya á vuestro indio hecho y derecho.

Mas no es así; los verdaderos indios, los ricos en especial, no andan desnudos por esos mundos de Dios, pues son bastante inteligentes é industriosos para saber tejer ropas y vestiduras.

El traje de los indios es, á poca diferencia, el de los turcos modernos: tiene algo de europeo, á causa de la dominación de la Gran Bretaña, que conserva bajo sus garras casi toda la India, de la que extrae los inmensos tesoros que mantienen enhiesto su pabellón en Europa.

(1) Donde se guardan las flechas; su forma es caprichosa.

(2) Maza cónica, erizada de agudas puntas.

Aquel pueblo sufre, hijos míos, como sufrió nuestra España cuando estuvo dominada por griegos, romanos, godos y sarracenos.

Goa, una hija de la India, es la personificación de ese espíritu de independencia que caracteriza á todos los pueblos nobles y dignos.

Goa era hija de un *nabab* (1) de Calcuta.

Hace ya muchos años que se amontonan en los subterráneos de los templos de *Brahama* (2) los donativos de todos los indios para conseguir la liberación de su territorio.

El mísero *fakir* (3), la *bayadera* (4), el negociante en algodón, el *nabab*, el *ci-payo* (5), el *bramino* (6), todos contri-

(1) Noble riquísimo; de ahí viene aquello: «*Es un nabab!*»

(2) Dios principal de la mitología india.

(3) Mozo de fatiga.

(4) Danzarina callejera.

(5) Soldado mercenario al servicio de Inglaterra.

(6) Sacerdote de *Brahama*.

buyen con su óbolo á la llamada allí *santa empresa*.

El padre de *Goa*, *Sombi*, era el más activo propagandista de la causa, y á quien se indicaba ya como el llamado á dirigir el golpe en la hora oportuna.

Sombi había desempeñado cargos importantes en su país, y nadie podía echarle en cara una falta, un desliz premeditado; por eso gozaba de mucho ascendiente entre sus compatriotas y podía disponer de sus corazones, de sus vidas y haciendas á su antojo.

Viudo había quedado desde la juventud, y *Goa* era toda su familia.

Ardiente, impetuosa y altiva, aunque generosa y buena, la joven secundaba á su padre con noble entusiasmo en la ímproba y espinosa tarea que aquél había acometido.

En una tarde de verano paseábanse tranquilamente por el camino bordeado de palmeras gigantes que conducía á su casa.

Un sirviente, azorado y trémulo, fué á

su encuentro y hablóles en voz baja, señalando en dirección á las últimas palmeras del paseo.

Sombi y *Goa* miraron hacia el punto designado, y vieron cómo iban apareciendo por el recodo que formaba los encarnados uniformes ingleses.

Los tres permanecieron inmóviles, esperando á que se acercasen los soldados para saber lo que de ellos pretendían.

A poco rato rodeóles una compañía de granaderos ingleses, y el oficial que los mandaba, haciendo un respetuoso saludo, les dijo:

—Señores: tengo el sentimiento de comunicaros que el gobernador *lord Worms* me ha ordenado reduciros á prisión.

—¿Por qué motivo?—preguntó *Sombi* tranquilamente, cruzándose de brazos.

—Eso es lo que ignoro—contestó el oficial;—hasta aquí llegan mis atribuciones. Nos aguarda una litera cerca de este sitio, y no creo que queráis oponer una

resistencia que os fuera perjudicial y de todo punto inútil.

—No resistiré — contestó *Sombi*; — ¿pero tendremos tiempo para disponer lo preciso para que nuestra ausencia no deje mi casa en el abandono?

—Tened la bondad de comunicar vuestras órdenes al criado que os acompaña; nada más puedo hacer por vos que esperar algunos segundos.

Sombi habló por breve espacio con el medroso criado, y luego dijo, dando el brazo á su hija:

—Cuando gustéis.

Subieron á poco en la litera, y escoltados por los ingleses se dirigieron hacia la cárcel de Calcuta.

II.

—¡Si se habrá descubierto el plan! — decía *Goa* á su padre, sentados los dos cerca de la ventana de su prisión.

—No lo creo; sólo estamos iniciados

en el principal secreto cuatro: dos *braminos* y *Caliro*, el *nabab*; no quiero suponer en ellos ninguna traición ó falta de tino.

—¡Pero quién sabe!—repuso *Goa*;—tal vez sin ellos quererlo han revelado el secreto; los ingleses son muy astutos...

—Bien lo sé; pero los indios son más tenaces y callados que ellos suspicaces.

.
Mientras tal conversación tenían padre é hija presos, en el castillo del gobernador pasaba una escena parecida.

Arturo hablaba con el gobernador, su padre, del asunto que motivó la prisión de *Sombi* y *Goa*.

—Eso es imposible—le decía *lord Worms*;—antes que faltar á mis deberes perdería la vida.

—Pero un hijo os lo pide de rodillas; antes que gobernador sois padre...

—Está el paso dado, y nada del mundo me hará retroceder—replicaba el anciano, más para darse ánimo é impedirse á sí mismo un movimiento generoso, que

chocaba con sus deberes militares, que para replicar á su hijo.

—¡Padre!—exclamó Arturo con voz alterada—¿me permitiréis que deje el servicio de Inglaterra y acuda á salvar á los que yo he perdido?

—Si tal haces, Arturo—repuso el anciano visiblemente conmovido—yo me veré obligado á perseguirte y... á entregarte á un juez, porque yo no quiero ser tu delator y tu verdugo...

En aquel momento entró un ordenanza.

—Mi general—dijo haciendo el saludo militar—el Consejo de guerra está constituido y aguarda á su presidente.

El gobernador y su hijo fuéronse al salón principal del castillo, donde debía celebrarse el consejo.

Sombi y *Goa* estaban sentados en un banquillo frente á la mesa del Consejo, formado por oficiales superiores de la guarnición inglesa de Calcuta.

Lord Worms fué á ocupar el sillón presidencial y dió comienzo la sesión.

Arturo se situó en un ángulo oscuro

del salón, esperando cruzado de brazos el desenlace, con una angustia que se descubría á primera vista, á pesar de su postura indiferente y neutral.

—El capitán de coraceros *sir Arturo Worms*—comenzó el presidente—depositó en mis manos una carta del *bramino Awantha*, en que descubría algo de un vasto plan de conspiración contra la seguridad del Reino Unido, cuya provincia india gobierna en nombre de S. M. la reina Victoria; he reunido el Consejo con el objeto de oír al acusado, el *nabab Sombi*, á quien iba la carta dirigida, y quien parece conocer todos los hilos de esta terrible conjuración.

—Acusado—continuó dirigiéndose á él—¿tenéis algo que contestar á los cargos que os hago?

Sombi levantóse con ademán resuelto y tranquilo, y repuso con voz sosegada:

—El oficial *Arturo y Goa*, mi hija, profésanse una amistad sincera y leal. Hace pocas noches, cuando íbamos á casa

mi hija y yo, hallámosle de guardia en la Aduana; detuvimos poco rato; mi hija habló con Arturo, y entonces sin duda debió caer de mi bolsillo la carta en cuestión; con la mayor buena fe, sin duda, llevósela á vuestro honor (1) sin pararse en que comprometía á sus amigos; como el sobre iba cifrado, él no supo, sin duda, leerlo; soy yo el culpable; haced, pues, de mí lo que os plazca.

El presidente, que había guardado silencio durante la relación del *nabab*, tomó entonces la palabra y dijo á *Goa*:

—Esta carta, niña, os compromete tanto á vos como á vuestro padre; ¿tenéis algo que contestar?

—Mi padre lo ha dicho todo—contestó *Goa* algo conmovida; —quiero y debo seguir su suerte.

—Está bien—contestó el presidente.

El Consejo entonces deliberó en voz baja por espacio de un cuarto de hora.

(1) Título ceremonioso en Inglaterra.

Al cabo de poco rato, enmudecieron todos y el presidente continuó:

—Va á dictarse la sentencia.

Arturo, durante todo esto, había padecido terriblemente; el ordenanza, que permanecía á su lado, hubo de hacerle abandonar el salón para que el pobre joven no se volviese loco.

Lord Worms dijo con voz grave y solemne:

—En vista de la culpabilidad que recae en la persona del *nabab Sombi*, el Consejo cree obrar en justicia imponiéndole la última pena por delito de alta traición; y á su hija *Goa* la de reclusión perpetua en las cárceles del Estado, por cómplice y encubridora; los bienes de la familia serán entregados al Banco de Inglaterra, con destino á beneficencia.

El presidente cayó sobre su sillón conmovido intensamente.

Sombi permaneció impasible.

Goa se desmayó en brazos de una buena mujer.

Los miembros del severo Consejo se

retiraron, quedando solos los tres protagonistas y la mujer que cuidaba á la pobre joven desmayada.

Arturo penetró en el salón y se dirigió al gobernador.

—¡Padre!... ¿qué habéis hecho?—gritó.

—He cumplido con mi deber—contestó el anciano.

III.

Pocos días después tenía lugar una imponente escena en las inmediaciones de la vetusta cárcel de Calcuta.

Los habitantes de la ciudad, sabedores de que iba á morir el *nabab* por la independencia de la India, dejaron todos sus quehaceres y se dirigieron á la cárcel.

Inmensa era la muchedumbre que se apiñaba alrededor del edificio; todos pedían á voz en cuello la libertad del *nabab* y su hija, amenazando con el incendio de la cárcel si no se les restituían los prisioneros.

Arturo atravesaba á caballo, seguido de un destacamento de coraceros, el hormiguero humano; pálido de emoción por la lucha que tenía que sostener consigo mismo, más hubiese querido ponerse de parte de los alborotadores que dispersarlos á sablazos.

Lord Worms expedía telegrama tras telegrama, por el cable submarino, á Inglaterra, explicando lo que pasaba y pidiendo órdenes.

Por fin recibió un parte que estaba concebido en estos términos:

«Libertad presos, si es indispensable.»

El noble lord dió un salto en su asiento de puro gozo, y mandó que se presentase inmediatamente Arturo.

Èste apareció con el uniforme descompuesto, el casco abollado y el sable roto.

—¡Van á pasarnos á cuchillo sin remedio, si no sale el *nabab* á arengarles!—dijo.

—Tranquilízate Arturo—repuso el noble lord con semblante risueño—los pondrás en libertad ahora mismo...

—¿Será cierto?—interrumpió el joven sin dejar que su padre concluyese.

—Lo es; mira la orden que acabo de recibir.

Imposible sería pintar el júbilo de Arturo al presentarse en la prisión.

Allí encontró á *Goa* llorando y á *Sombi* tranquilo.

—Amigos míos—dijo al estar dentro del oscuro calabozo—vengo de parte del gobernador á comunicaros las órdenes de S. M...

—Podéis excusar esa formalidad—contestó *Sombi*;—sabemos lo que nos espera, y estamos resignados á sufrir la ley del más fuerte; pero hay allá arriba quien nos vengará y romperá las cadenas de nuestros hermanos.

—*Sombi*—replicó Arturo sonriendo—no se trata de pedir venganza al cielo, sino paz y ventura para vos y vuestra hija.

—¿Qué queréis decir?

—Os digo que sois libres y podéis desde ahora salir á aplacar con vuestras pa-

labras la impaciente cólera de vuestros partidarios.

—¿Será cierto?—exclamó *Goa* gozosa, adelantándose hacia Arturo.—Adivino que os debemos la vida y la libertad...

—No hay tal cosa—replicó Arturo;— sólo á S. M. Británica debéis tan grandes beneficios, y así no es temerario esperar que os someteréis á su autoridad en prueba de gratitud por tales mercedes.

Sombi levantó la cabeza con altivo ademán.

—Joven—dijo—la libertad de los hijos de la India vale mucho más que la vida de un hombre; la reina puede, si quiere, cambiar su decisión sin que yo cambie de ideas...

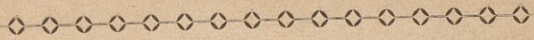
La libertad del *nabab* fué acogida con gran júbilo por parte del pueblo: todos creían haber conseguido una gran victoria al obtener para el prisionero el perdón real; pero con ello el gobierno de Inglaterra no había hecho más que seguir su política peculiar, que consiste en sa-

crificar lo menos á lo de mayor importancia.

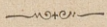
Para terminar esta relación os diré que después de algunas dificultades nacidas de la diferencia de religión, celebróse un gran acontecimiento en la capilla del palacio del gobernador, en virtud de cuya ceremonia quedaron indisolublemente unidos la joven india *Goa* y el apuesto oficial sir Arturo Worms.

En cuanto á la independendencia de la India, es aún cuestión de mucho tiempo.

FIN.



ÍNDICE



	Págs.
PRÓLOGO.	5
El camino de la Meca.	9
Anquises.	27
El rebelde de Nankin.. . . .	43
Los mártires.	61
Goa la Indiana.	79



